



## ARTÍCULOS

UTOPIA Y PRAXIS LATINOAMERICANA – AÑO 19. Nº 65 (ABRIL-JUNIO, 2014) PP. 37 - 51  
REVISTA INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA IBEROAMERICANA Y TEORÍA SOCIAL  
ISSN 1315-5216 – CESA – FACES – UNIVERSIDAD DEL ZULIA. MARACAIBO-VENEZUELA

# El conocimiento de la retórica y la retórica del conocimiento. Un reto para el siglo XXI

The Knowledge of Rhetoric and the Rhetoric of Knowledge.  
A Challenge for the Twenty-first Century

José Luis RAMÍREZ

*Universidad de Estocolmo, Suecia.*

### RESUMEN

Se trata en este artículo de presentar una crítica al uso técnico o instrumental del lenguaje, desde el punto de vista de la significación que éste porta como medio de expresión y comunicación en la construcción que hacemos de las palabras para producir el conocimiento de la realidad. La enseñanza y el aprendizaje que se debe generar en el uso interpretativo del lenguaje sólo es posible si se logra encarnar el lenguaje en prácticas lingüísticas que hacen viable su permanente transformación. Y, precisamente, esto puede ser posible a través de la metáfora y la metonimia. Es importante evitar la tecnologización de la palabra pues la recuperación del lenguaje como retórica es el proyecto que debe realizar cada persona para interactuar con los otros en las representaciones del mundo.

**Palabras clave:** Retórica, lenguaje, conocimiento, lingüística.

### ABSTRACT

This article seeks to present a critique of the technical or instrumental use of language, from the viewpoint of the signification that this carries as a means for expression and communication in the construction people make of words to produce knowledge about reality. The teaching and learning that should be generated in the interpretive use of language are only possible if language can be incarnated in linguistic practices that make its permanent transformation viable. Precisely, this could be possible through metaphor and metonymy. It is important to avoid technologization of the word, since the recovery of language as rhetoric is the project that each person should carry out in order to interact with others in representing the world.

**Keywords:** Rhetoric, language, knowledge, linguistics.

**ENSEÑAR A APRENDER Y APRENDER A ENSEÑAR**

Tratando de enseñar con el ejemplo, mi intención es despertar comprensión, no inculcar un mero saber... menos aún un saber erudito y academicista. Mi único propósito, aquí y ahora, es invitar a quien escuche a ir a sí mismo y a reconocer si lo que planteo de un modo personal, encaja o no en la propia experiencia. Pues eso es lo que propiamente significa “aprender”.

Durante mi larga estancia en un entorno lingüístico ajeno al hispano, he podido advertir cómo las lenguas europeas construyen sus conceptos y sus términos en mutua influencia pero de maneras diferentes, aun cuando se muevan en la misma órbita semántica. El dios Hermes nos da a veces gato por liebre. De ahí la frase italiana del “traduttore traditore”.

Por influencia de lenguas vecinas se introducen nuevos términos, adaptándolos a la lengua propia: bien imitando la lexicografía, bien traduciendo el concepto al vocabulario usual propio. Nuestra palabra “concepto” y el “Begriff” alemán, coinciden metafóricamente: las dos captan o “agarran” algo, pero usan lexemas distintos. Nosotros dimos nombre a la “televisión” apoyándonos en el griego. Los alemanes prefirieron llamarla “Fernsehen”. Las dos expresan lo mismo: “visión a distancia”. La lengua islandesa, sumamente conservadora y orgullosa, tuvo siempre como norma no importar conceptos sin traducirlos a su propio léxico. Aparte de eso, palabras lexicalmente equivalentes pueden desarrollar una anchura semántica diferente en una lengua u otra.

En el léxico pedagógico el español usa un verbo para “enseñar” y otro para “aprender”. En el alemán usan dos términos muy próximos: *Lehren* y *Lernen*, y en la lengua nórdica exactamente el mismo verbo para ambos significados: *Lära*. Podría decirse que en esas lenguas no “te enseñan”, sino que “te aprenden”. También nosotros mezclamos a veces esos dos conceptos tan correlativos, pero nos es más fácil distinguir la “enseñanza” o exposición, de un “aprender” o asimilar. Además: de una misma *enseñanza* se desprenden *aprendizajes* diferentes de índole personal, cuando éstos son auténticos.

Digámoslo con palabras de Maite Larrauri: “Enseñar no es comunicar, ni informar, sino discutir, dejar que el discurso fluya ante los oyentes para que sean ellos los que decidan en qué momento entra en la corriente del pensamiento”<sup>1</sup>.

Un buen arte de enseñar supone el saber explicar algo de tal manera que lo expresado suscite atención y comprensión en el receptor del mensaje. Sólo se aprende algo cuando la enseñanza despierta en uno algo que encaje en su experiencia, abriéndole nuevos caminos de comprensión. Comprender y aprender suponen *asimilar*, no meramente *memorizar*. El aprendizaje no se reduce a lo transmitido mediante el mero uso de la palabra. Lo único que podemos aprender con cierta suficiencia, sin salir de un aula, es quizá la matemática. La palabra griega *mathesis* significa justamente “aprendizaje”. Un aprendizaje auténtico nos ayuda, sin embargo, a comprender mejor algo de lo que ya teníamos experiencia, o a interpretar y articular mejor algo en el desarrollo de nuestra experiencia futura. Pues, como bien sabemos: aunque toda enseñanza nos ponga en camino, el camino se hace al andar.

El saber, entendido como mera memorización de la información recibida, es una *técnica*, no un arte ni una virtud. Memorizar es útil, por supuesto. Pero el hábito de identificar el aprendizaje con la memorización supone, por así decir, *enrolar* a los que aprenden. Pues, como indicaba Aristóteles

1 LARRAURI, M (2006). “Entrevista”, *Cuadernos de Pedagogía*, p. 356. <http://www.educaciofísica.com/85.maitelarrauri.pdf>

en contra del platonismo: La ciudad (es decir la sociedad civil) supone una comunidad, no una colectividad. “Pues si fuera una unidad colectiva sería un ejército, no una ciudad”<sup>2</sup>. Lo que caracteriza a la auténtica comunidad, según él, no es la *homodoxía* (la *igualdad* de opiniones) sino la *homonoia* (el entendimiento mutuo o convención de pareceres)<sup>3</sup>. Una auténtica enseñanza, aunque se dirija a *todos*, no se aprende sin asimilación por parte de *cada uno*, aunque éste no lo haga en solitario. La formación de la *persona* no es la formación del *individuo*, aunque se efectúe individualmente.

La palabra “todos” era problemática para Aristóteles<sup>4</sup>, pues “cada uno” no es el “todos” masivo. Y Rousseau distingue la “voluntad general” de la “voluntad de todos”. La confusión “totalitaria” conduce a un fanatismo político o religioso, en el que impera un Leviathan que es a la vez todos y ninguno.

Nos hallamos hoy en una tesitura histórica en la que se hace necesaria una minuciosa revisión etimológica, semántica y hermenéutica que desentrañe el sentido de lo que queremos significar con “com-prensión”, “aprendizaje”, “enseñanza”, “ex-plicación” y otras herramientas básicas del lenguaje, que fueron inventadas para tratar de “di-lucidar” y “dis-tinguir” o “dis-cernir” lo que nos dicen, no para “echar la lengua a pacer”. Pues sin “dis-cernimiento” no hay inteligencia ni comprensión mutua, sino más bien “con-fusión”.

## HOMO INSTRUMENTALIS CREA EL HOMO RHETORICUS

¿Qué es lenguaje? Digámoslo con palabras de Eduardo Benot:

El lenguaje es la colección de herramientas y de mecanismos con que trabaja el entendimiento. Sin herramientas, sin máquinas, no llegaría el hombre a lo que es. Sin compás no trazaría círculos; sin relojes no mediría el tiempo... ¿Qué sería el matemático sin sus cifras y sus símbolos? El hombre no es máquina, pero sabe hacerlas y sus mecanismos lo elevan hasta el dominio del mundo<sup>5</sup>.

El lenguaje muestra la condición instrumental del ser humano, que es al mismo tiempo una ventaja y un problema. El lenguaje humano es el resultado de una evolución incesante, no ya milenaria sino “multimillonaria”, de la especie homínida y del género humano. La teoría evolucionista ha acumulado una serie de denominaciones de etapas y cualidades adquiridas por nuestros antepasados. Es corriente hablar del *homo sapiens*. Un progenitor de éste es el llamado *Homo habilis*, un ser mediohumano “mañoso” que –según los antropólogos–, aun cuando con una estructura cerebral menos desarrollada que la nuestra, era ya capaz de utilizar la piedra y otros elementos naturales para construir instrumentos que le facilitaban su tarea.

Yo suelo usar la denominación de *homo instrumentalis* como característica general –en todas sus etapas– de un ser que posee la capacidad de aprovechar *conscientemente* sus funciones personales y su entorno, inventando herramientas y nuevos usos de ellas, como un medio para lograr sus fines y satisfacer sus deseos.

2 ARISTÓTELES: *Política*. 1261a – 24-25.

3 ARISTÓTELES. *Ética a Nicómaco*. 1167 – 22ss.

4 ARISTÓTELES: *Política*. 261b – 27ss.

5 BENOT, E (1890). *Arquitectura de las Lenguas*. 3 Tomos, Juan Muñoz Sánchez, Ed., Madrid. No distingue, en este párrafo, “lenguaje” como herramienta y el uso de ella, que también se denomina “lenguaje”.

El desarrollo instrumental humano ha hecho que se comience a hablar, en nuestros días, de un *homo technologicus*. Hoy día construimos herramientas cuyo único fin es construir nuevas herramientas. El producto instrumental y, a su vez, instrumento más característico de lo humano y su desarrollo es, no obstante, el *lenguaje*. Así lo expresa Aristóteles en su descripción –a menudo citada, pero superficialmente entendida– del ser humano como el más social de los animales<sup>6</sup>. Podemos, sin embargo, advertir como el “hablar por hablar” corrobora el estadio tecnológico de la sociedad humana.

Siendo el lenguaje el instrumento y la técnica que hace posible la *condición* humana podemos hablar de *Homo rhetoricus*, que es lo mismo que decir *Homo loquens*. Pues “retórica” (de acuerdo con Nietzsche) no es otra cosa que *el uso del lenguaje*, aun cuando hayamos caído, equívocamente, en usar la denominación de “Retórica” para designar el arte o materia teórica que tiene a la retórica como objeto.

El lenguaje implica un incremento incesante de expresiones y términos y una constante extensión de su uso. Lo cual exige una atención minuciosa a la sinonimia: al uso de términos próximos en situaciones diferentes y con matices distinguibles, evitando confundir *gato* con *liebre*. El debate político y los medios de comunicación creados por la nueva tecnología, dan, sin embargo, muestra de un batiburrillo y una carencia tan radical –no ya de consecuencia lógica, sino de conciencia conceptual y terminológica– que se está haciendo cada vez más urgente una formación ciudadana que nos haga dueños del lenguaje y del pensamiento, y no meros esclavos de la técnica del hablar y del pensar. La *rhetorica loquens* –lo que hacemos con el lenguaje– exige hoy sobre todo una *rhetorica audiens*: una reflexión acerca de lo que el lenguaje hace con nosotros.

La Torre de Babel a que alude la Escritura, no simboliza que los hombres hablaran lenguas totalmente diferentes, sino que, a pesar de usar un lenguaje semejante, no se entendían unos a otros. A la Torre de Babel sucedió la Torre de Papel. Con la tecnología de la palabra (como Walter Ong definía a la escritura<sup>7</sup>), fortalecida por la imprenta, el lenguaje se “generalizó” (en sentido militar). Es decir: se impuso *disciplinariamente* –para bien y para mal– de modo externo a nosotros y como instrumento colectivo fijo, como una ley. Lo concebido por otros en el pasado ha condicionado el desarrollo de nuestra mentalidad y nuestra cultura actual. En la expresión “individuo y sociedad” la palabra más importante, a mi juicio, es la conjunción “y”. Una comunidad humana digna de su nombre exige una coordinación consciente entre lo individual y lo colectivo, que es lo que crea la “personalidad”.

Mientras la Torre de Papel hoy se está derrumbando, vamos “cayendo en la red” (*Internet* es “la red que nos une”), que carece de la misma consistencia externa y autoritaria que la escritura. Los nuevos medios de comunicación social contribuyen a hacer visible al individuo y a la persona, haciendo frente al papismo académico y a la denominación extrínseca y jerárquica que otorgan los títulos universitarios. De un dominio de lo general y de lo público sobre lo privado, transcendemos paulatinamente a una convivencia en la que el individuo se deja oír más que nunca. Una valoración de lo

6 “El hecho de que el ser humano sea un animal social en mayor grado que la abeja o que cualquier otro animal gregario, tiene una explicación evidente. Es común afirmar que la naturaleza no hace nada en vano y el ser humano es el único que tiene *lógos*. Pues mientras la voz pura y simple es expresión de dolor o placer y es común a todos los animales, cuya naturaleza les permite sentir dolor o placer y la posibilidad de dárselo a conocer unos a otros, el *lógos* sirve para manifestar lo que es conveniente y lo que es perjudicial, así como lo que es justo o injusto. Pues esto es lo que caracteriza al ser humano, distinguiéndole de los demás animales: el hecho de poseer en exclusiva el sentido del bien y del mal, de la justicia y de la injusticia, y de los demás valores. Y la participación en común de éstas cosas es constitutiva de la familia y de la comunidad local”, ARISTÓTELES. *Política*. 1253<sup>a</sup>, 7ss.

7 ONG, WJ (1987). *Oralidad y escritura – tecnologías de la palabra*. FCE, México.

individual permite que opiniones antes desoídas y méritos otrora ninguneados por un régimen jerárquico y excluyente, hoy puedan ser advertidos, incluso tenidos en cuenta, y “comprobados”, es decir: probados en relación con criterios sociales, en sentido amplio. Pero de eso al consenso auténtico y bien fundado falta mucho.

La *estadística* (que quizá debiera denominarse “sadíctica”) adquiere cada vez mayor importancia como un sucedáneo de la fiabilidad. La supervaloración de lo estadístico se manifiesta como un fantasmagórico Leviathan que impone una determinación de todos en general pero de nadie en concreto.

## EL LOGOS: LA PALABRA Y LAS PALABRAS (RATIO ET ORATIO)

Distingamos, en el *uso de la palabra*, entre la validez de la lógica y la validez de la semántica:

El razonamiento llamado “científico” recibe su valor de unas premisas unívocas y verificables (como base o punto de partida) y de la técnica deductiva y discursiva, formalmente reconocible, utilizada para llegar a sus conclusiones. Ahora bien: cuando se trata de dilucidar nuestra *concepción de la vida en común* y de tomar decisiones prácticas de diversa envergadura, hay que partir de *valoraciones y preferencias* acerca del camino a seguir. Se trata de una *elección*—dialécticamente sometida a deliberación— acerca de un pro y un contra, y a una evaluación de lo hipotéticamente previsto. Para lo cual no basta con obedecer la *lógica formal*. Se hace necesario atender al elemento *semántico*, y no al meramente *sintáctico*, de lo expresado. No se trata sólo de saber guisar, sino de saber qué ingredientes y condimentos se usan para lograr el manjar deseado.

La *matemática* parte de un *cálculo* estrictamente formal y la *ciencia positiva* parte de lo que llamamos “hechos”, aun cuando la denominación adecuada sería “datos” (lo dado por naturaleza). De ahí parten las *ciencias naturales*, que mantienen la evidencia y validez de su paradigma, mientras su concepción no se vea falsificada o caiga en duda. La *historia* sí parte de los “hechos”; y las *ciencias sociales*, base de la organización política y la racionalidad de una vida en común, están sometidas a comparaciones y a elecciones establecidas deliberativamente y, a menudo, a evaluación y enmienda.

Venimos dando por supuesto que la verdadera “ciencia” es la *ciencia natural* y la *matemática*. Y que la *ciencia humana* y *social* tienen que adaptarse a ellas para obtener legitimidad. Mas la verdad es que la ciencia auténtica (la que se ocupa de dilucidar lo que supone el saber) es la ciencia humana. La ciencia natural y la matemática no son más que utensilios de la ciencia.

El ser humano se caracteriza por su capacidad de ser consciente de lo que implica el uso de instrumentos o herramientas y de la manera de utilizarlos para lograr los fines que se propone. Y el instrumento fundamental, la “funda...mental” (por así decir) que le permite obrar con certeza y credibilidad, es lo que denominamos el lenguaje, es decir el uso de la palabra como exteriorización y ejercicio del pensamiento.

El uso de una herramienta requiere un cierto conocimiento previo; si no siempre de su estructura, al menos de su funcionamiento y de su utilidad o finalidad. El éxito en el logro del objetivo buscado está en el *hábito*, de tal manera que no haya que estar pensando en la herramienta constantemente. Logramos algo bien hecho cuando llegamos a poder hacerlo subconscientemente, es decir: cuando podemos concentrar nuestra atención en lo *que* hacemos, y terminar de pensar en *cómo* lo hacemos. Lo cual supone un previo entrenamiento consciente, que nos haga adquirir un *hábito* en el uso del instrumento.

Eso se ve bien cuando se aprende a conducir. Tras un aprendizaje y entrenamiento minucioso del manejo del vehículo, dejamos de pensar en ello para concentrarnos en las circunstancias que van surgiendo en el tráfico. “Del acto nace la costumbre y de ésta nace la ley”, decía el rey Sabio.

Pero establecida la ley, entra en juego su aplicación oportuna y adecuada. La *mimesis* acompaña a la comprensión y precede a la actividad creativa voluntaria. Pero cuando el uso habitual de un instrumento no es correcto o exige algún complemento, surgen problemas de eficacia.

### EL USO Y DESARROLLO DEL VOCABULARIO: LA VERDAD DE LA METÁFORA

En el uso del lenguaje afrontamos la necesidad, no sólo de *expresar* lo que pensamos o queremos, sino también de *desarrollar* lo que pensamos y lo que debemos querer. Hacemos esto mediante el uso de la palabra, que es más adventicio que el de las herramientas de uso externo a nuestros órganos corporales<sup>8</sup>. Pues si bien las herramientas que “manejamos” (que usamos con las manos) evolucionan y pueden usarse para nuevos fines que vamos inventando<sup>9</sup>, la evolución del significado de las palabras depende de usos sociales y está sometida a una infinidad de aplicaciones alternativas, aun cuando siga conservando cierta identidad con un uso semántico anterior, más o menos consciente o reconocible. En eso reside el asunto *etimológico*.

Eduardo Benot explica en su *Arquitectura de las Lenguas*<sup>10</sup> la creación de nuevas palabras diciendo: “A cada concepto nuevo corresponde un nombre nuevo o una nueva acepción de un nombre viejo”. Nos prevé sin embargo contra una *exagerada* fidelidad al significado originario, afirmando que “el olvido de la conciencia etimológica constituye el mayor progreso de las lenguas”. Afirmación que suena algo exagerada o inconsecuente, a juzgar por la extensa dedicación que él mismo le presta al parentesco y al origen de cientos de palabras diferentes. Benot quiere decir que el significado originario no permanece inalterable. Pero tampoco deja explícitamente de reconocer que, cuando un vocablo contradice claramente el significado etimológico, su uso resulta equívoco y problemático.

El vocabulario de una lengua utiliza raíces semánticas, compuestas por dos o tres fonemas consonantes, para ir creando y derivando nuevas palabras que llegan a distanciarse considerablemente del significado originario (su etimología), aun cuando sea posible intuirlo, investigando *adecuadamente* su evolución semántica.

El distinguido filólogo sueco Hans Larsson (40 años más joven que Benot y contemporáneo de Saussure) autor de una *Lógica de la poesía*, afirma que sería de gran valor, en la formación escolar, el cultivo de la conciencia etimológica. Pero a eso hay que añadir la conexión de sentido entre palabras diferentes de una misma lengua y su comparación con palabras o usos en otros idiomas.

El lenguaje como instrumento de comunicación exige que el *sentido* de lo dicho sea identificable. Lo cual conlleva el uso de una misma palabra de una situación a otra y la construcción de nuevas palabras por *analogía con* o por *asociación a* expresiones ya usadas. Pues si no utilizáramos palabras reconocibles o con sentido vislumbrable, si en cada ocasión creáramos palabras totalmente nuevas y distintas, no podríamos entendernos. En ello reside el valor de la hermenéutica como arte de *expresión*, no ya de mera *interpretación* o lectura.

Ese mecanismo semántico de transformación, que permite la identificación por semejanza o aproximación del sentido, es lo que constituye el fenómeno de la *metáfora* y la *metonimia*. No suponen éstas solamente (ni siquiera propiamente, como se viene creyendo), la utilización de una pala-

8 Toda herramienta es el elemento más o menos estable de producción que necesita material manejable. El lenguaje es la herramienta. Las palabras son la materia manejada por el lenguaje.

9 Es preciso saber distinguir entre “descubrir” e “inventar”. El *descubrimiento* supone adquirir conocimiento de algo dado, mientras que el *invento* supone un proyecto eficaz, una construcción que con fines previstos.

10 BENOT, E (1890). *Op. cit.*

bra o expresión completa en lugar de otra, como se hace en el lenguaje poético o narrativo. Ni tampoco solamente el uso cotidiano de las palabras en nuevas situaciones. Metáfora y metonimia son también (básicamente) el recurso de la construcción morfemática de nuevas palabras, a partir de una misma raíz semántica o lexema (fonéticamente identificable, aunque sometida a variaciones) que se complementa con prefijos y sufijos. Considero, pues, la metáfora como un recurso fundamentalmente lexicológico, no meramente poético.

Reina una arraigada concepción simplista y engañosa del fenómeno metafórico y una ignorancia casi total de la metonimia, aunque no faltan aportaciones de lingüistas destacados. Se considera a la metáfora como una construcción a base de imágenes, no de sonidos. Como si la onomatopeya y la reiteración fonética no fueran un fenómeno metafórico, basado en la semejanza y en la imitación, que es el recurso básico en la constitución y desarrollo del lenguaje: es decir en la semántica y en la etimología.

La etimología no interesa como mero *origen* sino como *punto de partida* de la evolución terminológica que presta identidad a una lengua y muestra su afinidad semántica a lenguas diferentes. Y es importante advertir cómo la metonimia añade a menudo una evolución semántica que parte etimológicamente de una metáfora.

### YENDO A LAS RAÍCES DEL DECIR

Comenzaré por presentar algunos ejemplos mostrando palabras unidas por un lazo común de carácter etimológico, pero sometidas a una derivación y un desarrollo constante de sentido o referencia.

Mi ejemplo habitual suele ser la raíz semántica o lexema SPK (=SKP), subyacente a una serie de palabras como “inspector”, “expectativa”, “aspecto”, “respe(c)to”, “espejo”, “escéptico” y muchas más<sup>11</sup>. Están construidas metafóricamente con relación a un núcleo significativo común referido a la “visión”, es decir a lo observable, perceptible o inteligible en sentido amplio. Hay que evitar, no obstante, coincidencias y confusiones con palabras de aspecto parecido. La palabra “escapar”, por ejemplo, no tiene nada que ver con la raíz SKP, pues procede de “ex”-“capio”, que tiene relación con “captar” y “concepto” (KPT).

Un lexema de identificación más difícil es YCT (JCT), que da fundamento semántico a una serie de vocablos como “proyecto”, “abyecto”, “trayecto”, “disyunción”, “sujeto”, “objeto”, para designar a algo que se presenta o se desplaza a nuestra vista.

Otra raíz expresiva de un significado subyacente a cientos de palabras españolas es la unión consonántica de ST. Tenemos por ejemplo: “estar”, “poste”, “mástil”, “puesto”, “estación”, “estado”, “postulado”, etc. etc. Esa misma raíz es notoria y frecuente en diferentes idiomas europeos. En lengua sueca tenemos incluso el nombre de “Estocolmo”, construido a base de ella.

En mi contacto con la lengua nórdica, descubrí que la palabra española “duende” co-incidía etimológicamente con la sueca “tomte”. Ambas aluden al *hogar*<sup>12</sup> (*domus*) y, por derivación metonímica, a su “dueño” o geniecillo protector. El término sueco conserva simultáneamente la significación de “tomte” para designar tanto el personaje hogareño como el solar edificable, siendo así más fiel que el español al origen etimológico.

11 Un derivado curioso es “auspicio” (avis spicio), de herencia romana, que alude a la predicción de sucesos futuros observando el movimiento de las aves.

12 “Hogar” deriva a su vez, metonímicamente, de “fuego” (focus), ya que el hogar supone calor.



Una raíz semántica muy significativa y común a diferentes lenguas indoeuropeas es la raíz MN, asociada a aquello que caracteriza nuestro foro interno. En español tenemos la palabra “mente”, que además ha originado un sufijo de uso constante, que convierte cualquier adjetivo en adverbio modal (*lentamente*, *absolutamente*, etc). De esa raíz surgen una infinidad de términos (“memoria”, “demencia”, “mención”, etc), incluso la palabra “monumento” que parece duplicar la raíz dos veces: *monu-ment*). En alemán se usa la palabra *Meinung* y en lengua nórdica *mening*, más acertadas que la denominación hispana correspondiente: “sentido”, que hace referencia a los órganos corporales (*sensus*), no al foro interno.

La palabra española “acción” procede de una raíz indogermánica heredada por el griego y el latín, que alude a “poner algo en marcha”. En lenguas germano-nórdicas se dice *Handlung*, derivada de *hand* que es la “mano”. Surge así una clara confusión entre el “hacer” y el “obrar” que no son lo mismo, como diremos en otro lugar. “Hacer” es transitivo y “obrar” es intransitivo.

Es de gran valor para el dominio de lenguaje el advertir la derivación semántica y el uso de la metáfora o la metonimia de una lengua a otra. La raíz semántica KRD (CRD), transmitida del griego al latín, está a la base tanto de la creencia (*credo*) como del corazón (*cordis*) y se encuentra transformada en el Hertz alemán y el “hjärta” nórdico. El “crédito”, es un término actual en el lenguaje económico.

Entre las derivaciones etimológicas que tienen un inicio directamente metonímico y no metafórico cabe mencionar el curioso ejemplo de la palabra “burocracia”, derivada del mueble (*bureau*) y éste del nombre francés de un paño que tapizaba una mesa<sup>13</sup>.

No siempre es fácil, sin embargo, describir la familiaridad semántica o identificar vocablos de una misma raíz. La transmisión de las palabras por vía oral y auditiva crea permutaciones con el transcurso del tiempo, sin que deje de ser posible constatar y deducir su cercanía fonética. Una consonante puede ser sustituida por otra de articulación próxima. Tenemos el claro ejemplo de la P (bilabial sorda) convertible en B (bilabial sonora), de la D y la T, la K y la G, etc. Cada lengua tiene además su propio sistema fonemático. La lengua finlandesa no usa el fonema B y lo confunde con P, mientras que en el árabe es a la inversa. El “beso” y el “peso” serían la misma palabra para ambos, aun cuando el uno diría “peso” y el otro “beso”.

Teniendo esto en cuenta, hay que aprender a identificar coincidencias semánticas a partir de proximidades fonéticas, sin dejar de saber distinguir también, a veces, significados dispares, a pesar de la coincidencia de sonidos. Se trata de vislumbrar el “aire de familia” de los vocablos, lo cual requiere suma atención y entrenamiento, pues no faltan derivaciones pedestres. La máxima latina “Necesitas caret lege” se entendió como “La necesidad tiene cara de hereje”. Y es curioso el origen olvidado de la expresión “No hay tu tía”, que significa “no hay remedio”<sup>14</sup>.

La toponimia es un capítulo etimológico propio. El nombre de la ciudad de Cabra ha originado especulaciones, ya que, aunque el animal llamado “cabra” derive su nombre del latín “capra”, existe una palabra árabe (*qabr*, de la que se deriva “macabro”) que haría suponer la existencia de una tum-

13 Del tejido pasa a dar nombre al todo el escritorio, de ahí al que está sentado ante él, al grupo que dirige un asunto público (el buró) y, añadiéndole el sufijo “kratos” (poder) se convierte en un fenómeno social.

14 Se trata de un ungüento medicinal obtenido del óxido de cinc, denominado “tuthia” o “attutiya”, que se deriva a su vez del árabe “attūtiya”. Por metáfora se usó el “remedio” para los problemas en general y no sólo para la enfermedad. Hoy día ya no se asocia en absoluto con la enfermedad.



ba célebre en ese lugar<sup>15</sup>. Sin embargo, el nombre romano de esa localidad era *Igabrum* (en turdetano *Licabrum*) y los naturales de ella se denominan “igabrenses”. Lo cual aclara todo.

Los orígenes toponímicos deben descifrarse gracias a documentos históricos. Quizá sea difícil ver la conexión léxica entre la Hispalis romana y la Sevilla actual. Pero sabiendo que los musulmanes, en lugar de Hispalis decían Ishbilia, no es difícil vislumbrar la evolución toponímica. Más difícil es advertir la transformación de Constantinopla en Estambul, pues supone la comprensión del largo nombre, suprimiendo fonemas iniciales. Como cuando los catalanes dicen “Sisco”, en lugar de Francisco.

Lo esencial, como dije, no es seguir *rigurosamente* la transformación fonética, sino saber percibir el *aire de familia* semántico. La reflexión etimológica supone una eficaz gimnasia lingüística y mental que debe estimularse, no inhibirse.

### ETIMOLOGÍA METAFÓRICA Y ETIMOLOGÍA METONÍMICA

La palabra, como toda herramienta de diferentes usos, no tiene un sentido permanente. Y el contexto de la oración influye también en la desviación del significado. La metáfora y la metonimia se hallan presentes en la etimología y su función es básica en la construcción de nuevas palabras. El creer que los tropos son un mero recurso poético y narrativo es como poner el carro delante de los bueyes. Un error que entorpece la comprensión del lenguaje.

La traslación de sentido que nos permite usar una palabra en contextos diferentes se sirve a menudo del recurso *metafórico*. Por ejemplo: cuando decimos que “estamos al *abrigo* de nuestra familia” o que “aquel suceso fue una *lección*”. Pero no hay que perder de vista cuando el recurso usado para el traslado del sentido es la *metonimia*, no la *metáfora*.

San Isidoro de Sevilla, en sus *Etimologías*, nos hace conscientes del desplazamiento sufrido por la palabra “ciudad” (*civitas*), que tiene su origen en la comunidad de los ciudadanos (*cives*), entendiendo metonímicamente su uso a la estructura física del lugar que habitan, con lo cual la *ciudad* denomina lo que propiamente es la *urbe* (del latín *urbs*, de donde procede “urbanismo”). Si se pregunta a alguien qué es una ciudad, piensa directamente en la piedra, es decir en las casas y las calles. Pero si a continuación se le dice que “toda la ciudad acudió a la fiesta”, no se le ocurre pensar que son las casas las que fueron a bailar. Lo que hace posible el intercambio significativo entre “ciudad” y “urbe” no es la semejanza, sino la relación que existe entre los habitantes y el lugar de residencia. Habría sido más lógico designar a los ciudadanos como “urbanos”, pues ellos habitan en la urbe, no la urbe en ellos.

La metáfora es más fácil de reconocer y ha sido considerada, desde Aristóteles, como el tropo por antonomasia. Pero la cenicienta del lenguaje es la metonimia, que generalmente se ignora o se le otorga un valor secundario. Tanto la una como la otra (y también la sinécdoque) suponen un desplazamiento semántico: o bien se trata de un traslado de sentido a otra palabra, o de una *ambigüedad* o traslado de sentido en una misma palabra<sup>16</sup>. Es necesario que amplíemos la significación de los tropos, en contra de la Retórica tradicional. Se trata de recursos semánticos, no de recursos meramente expresivos.

15 El Diccionario de Corominas, siguiendo a lingüistas franceses, asocia la palabra “macabro” a los Macabeos, sin tener idea de la etimología árabe.

16 Me tomo la libertad de considerar las ambigüedades de un mismo término como un fenómeno identificable con la metáfora y la metonimia aunque sea vista desde el lado opuesto.

La **metáfora** asocia comparativamente lo que se quiere decir con algo totalmente separado, por razones de *semejanza* (no sólo semejanza visual, como suele creerse, sino también auditiva o de otra índole). La **metonimia** asocia lo que quiere decirse a algo con lo que se halla en *relación directa*. A la asociación *real* que utiliza la metonimia, corresponde en la metáfora una asociación *mental*, meramente comparativa. La **sinécdoque** es también una asociación de carácter real entre algo que es parte de un todo y ese todo, o viceversa.

La metáfora suele ser ilustrativa y aclaradora. La metonimia, en cambio, puede inducirnos a mezclar o confundir una cosa con otra y a comernos el plato, en lugar de la sopa (metafóricamente hablando). Los desplazamientos metonímicos intervienen a menudo en la creación de nuevos términos y frases, haciendo que una misma palabra o expresión –por habitual proximidad local o sucesión temporal– desvíen su significado a otro uso. La metonimia –metafóricamente explicada– es comparable con lo que hace el ratero que nos obliga a mirar hacia otro lado, para robarnos la cartera.

Junto a abundantes metonimias inocuas e incluso chistosas (como la de “comerse un plato entero” o “coger el autobús”) y otras necesarias (como decir “un puñado de almendras”) hay una infinidad de ellas que contribuyen a la confusión y al engaño. El lenguaje político, publicitario y comercial está hoy día impregnado de desvíos semánticos engañosos que exigen atención, vigilando lo que hacemos con el lenguaje y lo que el lenguaje hace con nosotros. Un ejemplo inveterado es el de la “política” convertida en profesión.

La palabra *polis* estuvo asociada, en la antigua Grecia, al poder del *Basileus* y su re-cinto amurallado en la cumbre (*acro-polis*). Con el desplazamiento del poder al ágora o Plaza Mayor y el inicio del proceso democrático de la *isegoría* (la igualdad ciudadana en el ágora) vino metonímicamente a asociarse a la “ciudadanía”, cuya actividad en común se denominó “política”. “Políticos” eran en un principio todos los que gozaban de los derechos de ciudadanía. Hoy día ha venido ese atributo a reservarse para un grupo social dedicado, por elección, a tareas de gobierno. Solamente a Josep Borrell le he oído (en una entrevista televisada) reaccionar contra ese uso, aclarando que “políticos somos todos”.

Otra desviación metonímica clásica de gran envergadura, por no decir “desvergadura”, ha sido el uso de la palabra “economía”, que, partiendo etimológicamente de lo que en griego suponía “administración de los recursos familiares materiales y humanos”, ha venido a designar el manejo de dinero, que Aristóteles distinguía de la economía denominándolo “crematística”. En estos días son más notorios que nunca los efectos nefastos de la concepción financiera y bancaria de la economía. La confusión del valor de uso con el valor de cambio, supone un desvío metonímico totalmente irracional, opuesto a lo que significó la palabra “economía”. Una engañosa elucubración matemática (sostenida solamente por la creencia en común) ha sustituido a la conciencia social. Ya Aristóteles (inspirador de Carlos Marx) avisó del peligro de convertir la economía en asunto monetario, aludiendo jocosamente al dios Midas, que convertía en oro todo cuanto tocaba, y no podía ni comer.

No deja de ser revelador el hecho de que algo tan mencionado en nuestros días como el “mercado” traiga a la memoria a Mercurio (el Hermes romano), dios del comercio y de los ladrones....Y mensajero de los dioses (de ahí la “hermenéutica”), como si se intuyera la función engañosa de la futura propaganda comercial.

### AL PRINCIPIO ERA EL “VERBO”

Aparte del desplazamiento semántico de una misma palabra, la tendencia a la sustantivación (y, por ende, a la personificación), es lo que yo denominaría una “metonimización morfológica” (pro-

piamente una sinécdoque<sup>17</sup>) del significado. El imperio del sustantivo estuvo en la antigüedad a la base de las mitologías que precedieron al entendimiento empírico de la realidad; no ya reificando, sino personificando todo: el Amor, la Justicia, el Mercado, que en la transición del *Mythos* al *Logos*, se convierten en nombres comunes con minúscula.

Nuestra realidad actual conserva su base mitológica. El dios Mercurio (el Mercado) es quien rige en estos momentos nuestra conducta social, con ayuda de intermediarios como el Dinero ("Poderoso caballero es don Dinero", que decía Quevedo) y de un tal Enrique, apellidado Cimientito, es decir: EnriqueCimientito.

Aristóteles nos puso también en guardia contra ese uso semántico (que es un *mito-...lógico*), cuando advertía que un médico no cura la Enfermedad, pues no atiende a la Salud del Hombre, sino que a quien cura es a este hombre que está enfermo<sup>18</sup>.

Sin entrar en un análisis extenso de la metonimia morfológica, me limitaré a la distinción entre el *sustantivo* y el *verbo*. Por hábito adquirido se presenta el sustantivo como la categoría fundamental de nuestra lengua. Si un maestro pide a sus alumnos que mencionen y enumeren palabras elegidas al azar, lo habitual es escuchar una retahíla de sustantivos. Una reflexión etimológica de la palabra "verbo" nos lleva de modo inmediato al latín, donde "verbum" significa sencillamente "palabra". El verbo es así la palabra por antonomasia. "Sustantivo" (*sub-stare*) apunta a algo aparentemente secundario, si bien lo entendemos como lo que otorga sentido y está "a la base de". Lo cierto es que no podemos normalmente expresar un pensamiento completo sin usar por lo menos un verbo. Basta incluso con una expresión verbal, sin sustantivo alguno (por ejemplo: "Está lloviendo").

El encubramiento del sustantivo supone un *ontologismo* que nos hace concebir la realidad como un escenario de objetos fijos, con nombres a la manera de etiquetas. El verbo en cambio otorga una función y da vida a esa realidad que en absoluto se halla reducida a cosas, sino a cambios y usos prácticos. La realidad, que interpretamos *ontológicamente*, es de carácter *genealógico*, como se desprende de la concepción nietzscheana. La *naturaleza* (del latín *nascere*) y la *fysis* griega no designan lo que "está ahí", sino lo que nace o surge y se desarrolla. Nuestro diccionario de la Real Academia Española muestra copiosamente cómo el significado verbal se sustantiva metonímicamente. "Compra", por ejemplo, la define como "la *acción* y el *efecto* de comprar".

En ciertas lenguas primitivas (como la de los indios hopi) en lugar de decir "un hombre corre", dirían algo así como "un corredor hombrea". Maite Larrauri explica esto de un modo magistral:

Para expresar la vida, para no aprisionarla, habría que pensar cambiando la frase "el niño deviene adulto" por "el devenir adulto de un niño", en la que hacemos sujeto a un predicado. O inventar un verbo que expresara dicha relación, como por ejemplo el verbo "adultear". No se puede hablar así, pero quizás sí se puede empezar a pensar así, pensar en un mundo en el que no hay árboles y casas y adultos y niños y hombres y mujeres y políticos y profesores, sino donde se "arbolea", se "casea", se "adultea", se "niñea", se "hombrea", se "mujerea", se "politiquea", se "profesorea". Lo importante es lo que está pasando. Ver siempre, siempre las cosas por el medio, por donde transitan, porque lo que transita es la vida, algo más fuerte que cualquiera de nosotros, más fuerte que los sujetos que somos. Lo importante no es si soy una mujer sino si yo

17 Se trata de abstracciones en las que el carácter general o colectivo se expresa en singular. Puede compararse con el principio de *identificación de la parte y el todo* que caracteriza al fenómeno de la *sinécdoque*.

18 ARISTÓTELES. *Ética a Nicómaco*. 1097a 10-13.

“mujereo” porque el movimiento de “mujerear” es uno de los movimientos vitales que puede avanzar a través de mí<sup>19</sup>.

Lo que veo delante de mí cuando estoy sentado y escribiendo no es en sí una mesa, sino algo con lo cual yo “meseo”. Y si digo que veo, por ejemplo, un micrófono, estoy mintiendo: jamás he visto un “micrófono”. Lo que veo es algo que entiendo como tal. Si un hombre de otra época resucitara, verificaría lo que digo.

La *función* da sentido y hace inteligible lo que nos rodea. Con el lenguaje dejamos, sin embargo, que las palabras dictaminen excesivamente nuestra concepción de lo real. Lo valioso sería que fuera el pensamiento el que dirigiera conscientemente el lenguaje y no al revés.

Abundando en la diagnosis del uso del sustantivo no es cierto que la anteposición del artículo “el” o “la” lo performe como denominación singular y determinada, a diferencia de “un” o “una” que se califican de indeterminados. A no ser que se trate de un nombre propio (“La Plaza Mayor”, por ejemplo). El artículo EL, sin complementos, no otorga singularidad ni determinación al sustantivo. “Un hombre”, en cambio, señala a alguien determinado e individual, contradiciendo su clasificación como artículo indeterminado<sup>20</sup>. “El hombre” nos hace más bien recordar a las divinidades mitológicas de que hablábamos.

El lenguaje oficial cotidiano (y el que yo estoy usando en estos momentos) está plagado de entes abstractos: fantasmas semejantes a “El Coloso o el Pánico”, pintado por Goya, o a otros que nos acosan hoy como “el Paro”, “La Crisis”, “el Desempleo”, “la Carestía de la vida” (¿qué carestía y de qué vida?). Se trata del uso sospechoso de una pluralidad imprecisa en la que el “todos”, ignora a “cada uno” (como insinuaba Aristóteles)<sup>21</sup>, encerrándonos, *asombrados* y *ensombrecidos*, con la mirada fija, en la caverna platónica.

Vivimos en un mundo de ideas en el que lo general y abstracto es entendido como lo verdadero y real. Lo dado y presupuesto dirige nuestros conceptos y nuestro pensamiento, más que la experiencia adquirida. Viviendo como vivimos, en la cárcel del lenguaje, sólo podremos liberar nuestro conocimiento viéndonos y escuchándonos desde fuera de nosotros mismos: escapándonos de la cárcel del lenguaje, escalando su propio muro con ayuda de su propia sábana. No se trata de ver “más allá de sus narices”, sino de ver su nariz, que es más difícil.

## PENSAR EL PENSAMIENTO

Siendo consecuente con la consideración externa al pensamiento que planteo, he de reconocer, a estas alturas de mi crítica del uso del lenguaje, que todo lo que he dicho hasta ahora está plagado justamente de las tergiversaciones a que estoy aludiendo. Y una revisión minuciosa pondría de manifiesto que no he podido decir nada sin recurrir constantemente a la metáfora y a la metonimia (indispensables, no solamente para el diseño de expresiones, sino para la elección de todas las palabras). Tampoco he podido eximirme de abstracciones generalizadoras, que criticaba como pertenecientes al Olimpo. A la base del pensamiento y del lenguaje está el mito, no el logos: un pensamiento y un lenguaje que tratan de adaptarse a la realidad y reflejarla, pero que no hacen sino crear ficciones, a nivel social e individual.

19 LARRAURI, M (2006). *Art. cit.* “El deseo”, según Gilles Deleuze”. Tandem, Valencia, 2000.

20 Clasificar a “un” y “una” como artículo “indeterminado” supone cometer una metonimia.

21 ARISTÓTELES. *Política*. 1261b – 16ff.

Sustantivos tan pretenciosos como el Conocimiento, la Ciencia, la Teoría, el Lenguaje son *ambigüedades metonímicas* en las que confundimos la elaboración de algo con el producto elaborado. Cuando hablamos de “la Ciencia” nos referimos tanto a la labor de los científicos como a la construcción sistemática que resulta de esa labor, compendiada en textos. No se trata de la naturaleza en sí, sino de la naturaleza en la mente, como señala Jesper Hoffmeyer.

No hay palabra más problemática en el pensamiento occidental que la palabra “teoría”. Francois Jullien<sup>22</sup> nos hace saber que los chinos carecían de esa palabra en su vocabulario. Lo cual es una ventaja. Pues mientras que hemos conservado, a partir del griego, la dicotomía semántica equívoca de *Teoría y Práctica*, hemos mezclado en “Práctica” la realmente valiosa pareja aristotélica de *Praxis y Poiesis*. Si algo otorga valor a una “teoría” es el estar bien hecha y servir de orientación para lo que hacemos. “No hay nada más práctico que una buena teoría”, decimos.

La *Praxis* en Aristóteles suponía un hábito o competencia operativa adquirida, que denominamos “obrar”. Lo que en griego se denominaba *Poiesis* (cuyo uso se reduce a la palabra “poesía”) significaba para Aristóteles “hacer algo concreto”, mostrando así la habilidad adquirida o *Tekne*, diferente de la personalidad adquirida o *Fronesis*. La confusión entre el *hacer* y el *obrar* es lamentable. Adela Cortina citaba jocosamente (si no recuerdo mal) una ficticia inscripción funeraria que decía: “Aquí yace un cardenal que todo lo hizo fatal: cuando hizo el mal, lo hizo bien; cuando hizo el bien lo hizo mal”. La expresión hispana “hacerlo bien” y “hacer el bien” ocultan la diferencia entre la *poiesis* (el “hacer” propiamente dicho) y un “obrar”, que intenta traducir lo que la *Praxis* aristotélica suponía: el actuar. La primera conlleva el hábito de la *Tekne*, que supone competencia y destreza, y la segunda el de la *Fronesis*, que supone ética y discernimiento en el obrar. La habitual traducción al español de esos términos es equívoca y requeriría una exposición aparte.

## DEL HOMO SAPIENS AL HOMO TECHNOLOGICUS

El animal social humano domina hasta cierto punto el PORQUÉ de sus acciones, en el ambiguo sentido de la palabra “porqué”: conoce el *porqué* o causa previa, que le permite actuar, a sabiendas de *por qué* lo hace: la *finalidad* perseguida. Bebemos agua *porque* tenemos sed y *porque* el agua la apaga.

Instrumentalidad y socialidad humana se conjugan. Pues aprendemos unos de otros, el uso consciente de los instrumentos. Podríamos decir que somos incluso instrumentos mutuos, que es lo que caracteriza a una sociedad humana.

La dependencia instrumental del ser humano comienza inconscientemente, en su organismo corpóreo. “Órgano” es sinónimo de “instrumento” y sirve a una función. Pero entre los órganos corporales el órgano más humanamente imprescindible es el cerebro, cuya función es el conocimiento y el LOGOS, que se exteriorizan mediante el lenguaje.

Partiendo de una biología orgánica básica inconsciente, el ser humano se va haciendo consciente de la función y del uso de sus órganos vitales: es decir de los dos porqués –causal y final– de su fisiología. Eso le hace dueño de su cuerpo y le permite desarrollar su actividad vital, cada vez con mayor amplitud, perfección y efectividad. El estudio de la fisiología y la medicina nos permitió entender cómo están constituidos y cómo funcionan los órganos corporales. Pero los órganos de los que somos más inmediatamente conscientes son los órganos sensoriales, que nos ponen en contacto con el exterior.

22 JULLIEN F (1999). *Tratado de la eficacia*, Editorial Siruela, España.

En filosofía de la conciencia se ha otorgado a la *visión* una importancia superior a la de otros sentidos, incluso convirtiendo su nombre en metáfora del conocimiento y en origen de la palabra “idea” (*uideo*). Sin embargo, el oído es de mayor importancia que la visión para el desarrollo de la competencia cognitiva a través del lenguaje. Es frecuente hablar de “visiones de futuro”, pero nunca de “melodías de futuro”. Pero además del oído, un elemento ineludible del conocimiento y de la acción física es la *mano*. Es indudable que la mano reconoce tanto o más del entorno físico que el ojo. La mano humana se ha desarrollado durante siglos, adquiriendo técnicas y habilidades, imprescindibles para la convivencia en una sociedad avanzada. Sin embargo, el instrumento que otorga al *homo* su superioridad en el reino animal, permitiéndole (para bien y para mal) transformar radicalmente el orden natural y originar un entorno sociocultural, es el lenguaje articulado: un medio de expresión y comunicación que supera a los gestos y origina esa combinación de *ratio et oratio*, constitutiva de la capacidad discursiva, de la que hablara Cicerón.

La raíz RT (esas dos consonantes tan sonoras, articuladas en la punta de la lengua) dio origen en la fuente indogermánica de nuestro idioma, a palabras que hacen referencia a la acción de hablar. De ahí viene la palabra “retórica” y también el *Word* inglés, el *Worte* alemán y el *ord* nórdico. Nietzsche dice con razón que la “retórica” no es otra cosa que el lenguaje. Y así es. Primero *descubrimos* un fenómeno y –reflexionando sobre él– *inventamos* una teoría y un arte o técnica para tratarlo. Así se desarrolla el conocimiento y el uso instrumental de algo. Descubierta la existencia del lenguaje (es decir de la “retórica”) se inventó una ciencia y un arte que metonímicamente recibió también el nombre de “retórica”. Es necesario distinguir lo que hacemos al hablar del estudio consciente y sistemático de ello. Pues la confusión terminológica ha conducido al desprecio de la Retórica como materia de estudio, siendo ésta fundamental para entender bien la sociedad humana.

La instrumentalidad de la cultura humana se transmite social y temporalmente, por encima del dominio individual. La complejidad y multiplicidad de nuevos instrumentos y la transformación constante de la naturaleza en cultura superan los límites de nuestra competencia personal. La especialización de tareas hace que nadie llegue a dominar más que un número limitado de herramientas, viéndose obligado, para su uso, a confiar en el conocimiento y consejo de otros. Utilidad y dependencia se conjugan. Lo que en un comienzo es una *técnica*, que nos permite el dominio más o menos personal de algunas herramientas sencillas, con el tiempo se convierte en una *tecnología*, de dominio obligadamente colectivo. El “cada uno” desaparece y caemos unos *en manos* de otros. Esa dependencia se ha acentuado aceleradamente en los últimos decenios. Con la excusa de facilitarnos las tareas, las complicamos cada vez más, transformando radicalmente las condiciones de nuestra convivencia. No creo que ninguna generación humana haya experimentado tantos cambios instrumentales como la nuestra. Apenas hemos aprendido a manejar una herramienta cuando nos la cambian. Vivimos en una cultura inestable, que nunca está satisfecha con nada.

Cuando Walter Ong, analizando la evolución del uso de la lengua, definió a la escritura como la *tecnologización de la palabra*<sup>23</sup>, no tenía todavía idea del caos tecnológico que nos esperaba. Hoy día se están externalizando tecnológicamente el conocimiento y la memoria de tal manera que nadie puede eximirse de la total dependencia de esa maquinaria externa cada vez más complicada. Las traducciones están hoy ya en manos de aparatos y robots que suplen cada vez más nuestra actividad y nuestro pensamiento. Ya no hay por qué guardar nada en la memoria, sino buscarlo “cayendo en la red”. La nanotécnica está buscando el modo de incrustar un chips en el cerebro que sustituya a la memoria.

Todo esto se quiere considerar como un avance y una liberación, pero se trata de todo lo contrario. Quiere verse una ventaja en el aumento de datos y fuentes informativas, como si las limitaciones funcionales de la vida individual no existieran. La idea de la renuncia a la privacidad en aras de un Leviathan colectivo se impone de un modo subrepticio.

Neil Postman –autor de la obra titulada “Tecnópolis”<sup>24</sup>– explica la transición de técnica a tecnología diciendo que la técnica y las herramientas resuelven determinados problemas y cumplen funciones previstas, mientras que la tecnología transforma las estructuras de nuestro hábito de pensar. Hacemos algo con las herramientas, mientras que la tecnología hace algo con nosotros. Una sociedad más leviatánica no cabe. La profecía de Orwell se hace cada vez más verosímil.

### **LA RETÓRICA COMO AUTOVIGILANCIA**

No quiero cerrar mi exposición sin apuntar que siendo el pensamiento, articulado con la palabra (*ratio et oratio*), el instrumento esencial humano, lo único que nos permitiría un autodomínio sería el poder contemplar y manejar el lenguaje desde fuera de él. Esa comprensión de lo que hacemos con el lenguaje y lo que el lenguaje hace con nosotros es la labor propia de lo que se denomina Retórica, que no es en absoluto el arte de convencer y de manipular a que lo reducen los *coaches* y sofistas modernos. La Retórica es, como dije, la “funda mental” de una auténtica gnoseología o teoría del “conocer” (deshaciendo la ambigüedad metonímica de la palabra “conocimiento”<sup>25</sup>) y dejando de obedecer a ciegas *lo conocido* o nombrado por otros. Así lo entendió la psicología y el psicoanálisis, sin que tampoco lograran su objetivo, por esa costumbre de substantivarlo todo, haciendo del concepto una mera sombra del significante, cuando lo requerido es el arte de concebir la realidad y el mismo pensamiento.

24 POSTMANS, N (1992). *Technopoly*. Trad. Cast., de Vicente Campos: *Tecnópolis: La rendición de la cultura a la tecnología*. Galaxia, Gutenberg, 1994.

25 “Conocimiento: Acción y efecto del conocer” (Diccionario de la Real Academia Española), es preciso y urgente distinguirlas.